

Miguel de MANUEL, Isidoro BOSARTE y Pedro ESTALA, *Gabinete de lectura española*, edición de Joaquín Álvarez Barrientos y David García López, Madrid, Visor Libros (Biblioteca Filológica Hispánica, 314), 2025, 368 págs.

En el tiempo que vivimos, el fácil acceso a la información, que tanto ha cambiado nuestro modo de proceder en los estudios filológicos, no puede rebajar la exigencia del rigor científico en el tratamiento de unos textos que campan indiscriminadamente por el universo digital. Darlos a conocer hoy no tiene ningún mérito si no están editados con rigor, anotados con criterio en su análisis y presentados contextualmente. Es lo que han hecho Joaquín Álvarez Barrientos y David García López en esta edición del *Gabinete de lectura española*. El conocimiento específico de la literatura del siglo XVIII —también en los términos generalistas que se derivan del significado de la palabra *literatura* en esa

época— ha dado pasos de gigante desde la segunda mitad del siglo XX gracias al rescate de muchos de los textos principales —y menos relevantes también— de un momento trascendental en la divulgación y fomento de las artes y las ciencias.

Ese contexto explica la edición conjunta de los seis números que se publicaron bajo la cabecera de *Gabinete de lectura española*, un impreso de «una cierta regularidad de tiempo sin decirla» (pág. 109) —se excusaba en el «Prólogo» de la primera entrega de 1787, puesto que no se trataba de un papel periódico,



sino con una periodicidad ocasional— promovido por los Reales Estudios de San Isidro de Madrid dentro de sus fines educativos y su política de difusión del conocimiento. Una iniciativa que estuvo vinculada, casi en todos sus casos, al puesto de bibliotecario de la biblioteca de aquellos Reales Estudios, depositaria de las piezas que fueron dadas a conocer. Miguel de Manuel Rodríguez, entre 1785 y 1788, Isidoro Bosarte entre 1790 y 1792 y Pedro Estala, por último, entre julio de 1792 y 1803, en diferentes categorías, fueron bibliotecarios de la institución y desempolvaron los «papeles curiosos de escritores antiguos y modernos de la nación» —así rezaba el subtítulo— que constituyeron la colección. La responsabilidad de quienes sostuvieron aquella iniciativa se replica en este volumen y se supera, pues la tarea de sus editores modernos es equiparable en su intención de facilitar el conocimiento de obras de interés, pero superior en resultado.

Joaquín Álvarez Barrientos, experto dieciochista en el campo literario, y David García López, que lo es en el campo artístico, editan las seis entregas del Gabinete cumplidamente anotadas y precedidas de un amplio estudio que titulan «Manuel, Bosarte, Estala y el *Gabinete de Lectura Española*. Literatura y bellas artes», conformado por una presentación de «Los Reales Estudios de San Isidro y el proyecto del *Gabinete*» (págs. 9-26), y cuatro apartados que van ofreciendo una reseña de las obras que se publicaron y que fueron las siguientes:

*Discurso a los padres de familia sobre la educación de los hijos* (Núm. I); *Discurso sobre la restauración de las bellas artes en España* (Núm. II); *Disertación sobre el estilo que llaman gótico en las obras de arquitectura* (Núm. III); *Novela de Rinconete y Cortadillo* (Núm. IV); *Novela del celoso extremeño* (Núm. V); *Discurso curioso, agudo y erudito acerca de la multitud de libros que cada día se publican, y juicio de los autores en todas facultades, así modernos como antiguos* (Núm. VI). Por esto, el estudio introductorio de García López y Álvarez Barrientos continúa con «Educar natural o el *Discurso a los padres de familia sobre la educación de los hijos*» (págs. 26-38), «Isidoro Bosarte y la escritura de las bellas artes» (págs. 39-70), «El cervantismo de Isidoro Bosarte» (págs. 70-80) y «Pedro Estala y la República literaria de Saavedra Fajardo» (págs. 80-90); que resulta la más completa síntesis del conjunto de circunstancias y materias del *Gabinete*, y la mejor actualización sobre los estudios particulares que se conocen sobre las diferentes piezas.

La motivación educativa del proyecto, y también la histórica de recuperar un patrimonio cultural, es apuntada y desarrollada en la primera parte introductoria, en la que se contextualiza la publicación en una institución como los Reales Estudios de San Isidro y los responsables de los diferentes números del *Gabinete*: «Miguel de Manuel debió de ser, por tanto, el responsable de la publi-

cación y de la elección del primer impreso [...], mientras que a Isidoro Bosarte —el más asiduo colaborador— se deben los cuatro siguientes [...] El último, la edición de la primera redacción de la *República literaria* de Saavedra Fajardo, es obra de Pedro Estala (agosto 1793)» (pág. 13). Como se ha dicho, los tres eruditos ponen en marcha sus afanes divulgativos desde una casa matriz que se nos presenta como un establecimiento estatal público, con una biblioteca para profesores y alumnos dotada «con más de treinta y cuatro mil volúmenes procedentes del Colegio Imperial de los jesuitas y de otras incautaciones» (pág. 23), que fue —dicen los autores del estudio— «una apuesta por dar realce a la cultura haciéndola presente mediante el préstamo de libros, la lectura en sala, pero también gracias a la [...] dimensión pública mediante las conferencias, su publicación y el uso de la prensa» (pág. 24).

El mismo año 1787 que comenzó su publicación el *Semanario erudito*, que comprende varias obras inéditas, críticas morales, instructivas, políticas, históricas, satíricas y jocosas de nuestros mejores autores antiguos y modernos, de Antonio de Valladares, apareció el primer número de este *Gabinete de lectura española* que procuraba poner «en lugar separado para tenerlos a la mano», papeles que «o bien se han hecho raros, o que nunca se han dado a luz» (pág. 109); y que llevó la explicación paratextual: «Contiene noticias para ayudar a formar el juicio sobre las obras de las artes, las costumbres de diferentes pueblos y edades, sobre muchos puntos de la historia nacional y otros de varia erudición por medio de la simple lectura». La tipología de esta selección de textos —discursos sobre la educación de los hijos, sobre escultura y pintura, sobre arquitectura, nuevas versiones de textos literarios— contemplaba el propósito de una publicación así y derivaba del interés concreto y el perfil de sus responsables, unidos por un fin general.

En cuanto a la presentación de las obras particulares del *Gabinete*, las páginas de Álvarez Barrientos y García López son extraordinariamente útiles para situarse en ámbitos de estudio que han tenido una destacada actividad bibliográfica, tanto en lo que se refiere a la historia del arte, como en lo referido a la filología e historia de la literatura. Es lo que se aborda en los cuatro capítulos citados con profusión de datos, tanto sobre puntos poco tratados, como sobre otros más conocidos. Por ejemplo, en el primer caso, las circunstancias biográficas del impulsor del proyecto Miguel de Manuel (1747-1798), que fue primer bibliotecario y catedrático de historia literaria (o cultural) de los Reales Estudios, y que promovió coherentemente la publicación de un primer texto sobre la educación —del que se desconoce la autoría— «por parecernos que la crianza de los hijos es la basa de la felicidad de los pueblos» (pág. 110), como se dijo en el prólogo de ese primer discurso. El plan educativo expuesto en esas páginas es resumido

en sus puntos principales y relacionado con otras iniciativas ilustradas, entre las que destaca el primer discurso de los Reales Estudios por lo novedoso de adaptar la enseñanza al crecimiento de los niños y de los adolescentes, sobre los que se fija en aspectos muy concretos que deben ser tenidos en cuenta, desde la manera de vestir, la alimentación o la educación física.

Los dos discursos siguientes del *Gabinete*, el de la restauración de las bellas artes y el dedicado al estilo gótico en arquitectura, se abordan conjuntamente en un apartado centrado en su autor, Isidoro Bosarte (1745-1807), del que se ofrece una filiación muy ilustrativa en relación con los empeños de otros historiadores del arte como Antonio Palomino, Antonio Ponz o Juan Agustín Ceán Bermúdez, que también serán tenidos en cuenta oportunamente en la anotación de ambos textos. «Bosarte recorre el camino de la restauración de las artes en compañía de ejemplos de la literatura, la jurisprudencia y el derecho o la historia, entendiéndola como una parte de la cultura común europea tal y como podía entenderse en la citada historia literaria durante el siglo XVIII» (pág. 50). Su interés sobre el asunto artístico y su capacitación avalaron su nombramiento en 1792 como secretario de la Academia de San Fernando, de la que saldrá en 1798 para reingresar en los Reales Estudios de San Isidro a la muerte del bibliotecario primero Miguel de Manuel, de lo que se da cuenta en estas páginas de la introducción.

La parte final del estudio (págs. 70-90) contiene dos asuntos de gran atractivo en la historia textual y literaria de cumbres de las letras de la tradición inmediatamente anterior: Miguel de Cervantes y Diego de Saavedra Fajardo. Para quien haya transitado la bibliografía sobre las *Novelas ejemplares* o la *República literaria*, especialmente en sus aspectos de autoría y de filiación textual, la puesta al día que ofrecen Álvarez Barrientos y García López es esclarecedora y pone de manifiesto la importancia filológica del *Gabinete* como repositorio de testimonios singulares de obras como *Rinconete y Cortadillo*, *El celoso extremeño* y la *República literaria*. En el caso de las dos novelitas cervantinas, que se transcriben por el manuscrito de Francisco Porras de la Cámara que se encontraba en la biblioteca de los Reales Estudios, se trata de un notable jalón en un siglo de sobresalientes aportaciones al cervantismo por figuras como Blas Nasarre, Gregorio Mayans, Agustín de Montiano y Luyando o, entre otros, José Antonio Pellicer y Saforcada, o por ediciones del *Quijote* como la «nueva edición corregida por la Real Academia Española» que salió de las prensas de Ibarra en 1780; y de un vestigio de una historia apasionante en la que tanto tuvo que ver el gran bibliógrafo extremeño Bartolomé José Gallardo, que luego volvería sobre el asunto en un artículo sobre *La tía fingida* en su revista *El Crítico* —que no *El Crotalón* por errata que se ha inmiscuido en la relación bibliográfica (pág.

96)—. Nombres y circunstancias que se recogen y exponen en este apartado, en el que se detallan los criterios de Bosarte al dar a conocer los textos cervantinos, tanto en el cotejo con la primera edición de 1613 de las *Novelas*, en la cuestión de la autoría que no se discute, como en su peculiar lectura que no deslindaba la ficción novelesca de la realidad. Su trabajo fue una aportación «en un campo, el de las novelas ejemplares, poco transitado por los eruditos, de forma que abría camino a estudios posteriores. Con la publicación de esos manuscritos, recuperaba un patrimonio bibliográfico español y lo ponía a disposición de los interesados» (pág. 80), concluyen los editores en esta parte final de su estudio, que cierran con la presentación de la contribución al *Gabinete* de Pedro Estala con la edición de la primera redacción de la *República literaria* que se había publicado en 1655 bajo el título de *Juicio de artes y ciencias*, y que como *República literaria* había editado Mayans en 1735 y Francisco García Prieto en 1788 en una edición comentada por Álvarez Barrientos en un trabajo para el homenaje a Francisco Aguilar Piñal (*El siglo que llaman ilustrado*) en 1996. Finalmente, lo que se dio en 1793 en el *Gabinete de lectura española* fue un *Discurso curioso, agudo y erudito* con la actualísima apostilla hoy de «acerca de la multitud de libros que cada día se publican».

En este caso de la obra de Saavedra, el estudio y la anotación nos contextualizan otro sugerente escollo interpretativo derivado de su historia textual y editorial, en la que contamos con jugosas aproximaciones como las de John Dowling (1979), de Alberto Blecua (1984) o, más modernamente, de María Elena Arenas Cruz (2003), como estudiosa de Estala, o el editor de la *República* Jorge García López (2006). El resumen de Joaquín Álvarez Barrientos y David García López es más que diligente en este punto en el que el erudito ilustrado manifiesta «que Saavedra no fue el autor ni el falsificador de esta obrita [...]; que el autor de este *Discurso*, cualquiera que fuese, hizo una obra apreciable, libre de los enormes defectos de la *República literaria*, y con muchos más primores que ella por todas circunstancias, por lo que nos ha parecido haríamos un servicio al público en darla a luz» (pág. 329).

Por último, no puede omitirse en el comentario sobre la tarea de «servicio público» de los editores modernos de estos seis textos su anotación profusa y pertinente. De las quince notas al primer discurso sobre la educación pasamos a las más de ciento cincuenta que se ponen a las disertaciones de carácter artístico —bellas artes y estilo gótico—, iluminando al lector las muchas referencias a artistas de las diferentes escuelas y localizando los poetas arábigos antiguos y los versos citados en las páginas sobre arquitectura. Casi la misma cantidad de escolios sostiene al pie las ediciones de las dos novelitas cervantinas, en este caso, en su mayoría, como aclaraciones léxicas; y más de un centenar se aportan,

incluyendo la docena y media del propio Estala, al prólogo de este y a la primera redacción de la *República literaria* que cierran esta nueva edición del *Gabinete de lectura española*, que fue una de las publicaciones más expresivas, aunque de inconstante presencia y corta duración, del espíritu de la Ilustración española.

MIGUEL ÁNGEL LAMA